



# La lírica en Eliana Menassé

## CARMEN DE LA FUENTE

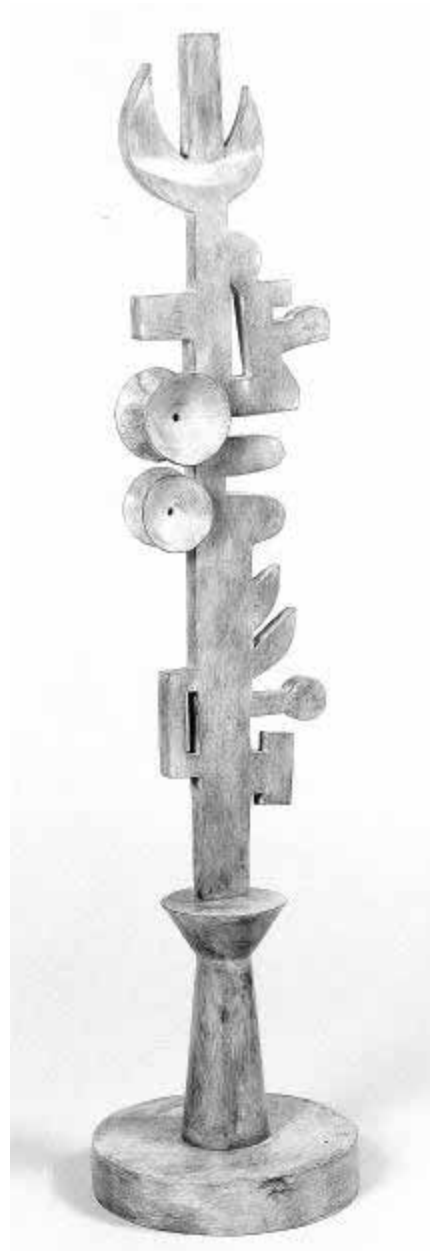
La represión gubernamental habida en mil novecientos sesenta y ocho, debe aquilatarse no sólo en cuanto el ultraje y pérdida de vidas humanas, sino además en los daños causados a la cultura.

Tal es el caso de las Galerías de la Ciudad de México, situada en los años sesenta a un costado del Palacio de Bellas Artes y clausurada arbitrariamente por el presidente Luis Echeverría.

El licenciado Manuel Aguilar de la Torre era su director. Había sido reportero estrella del diario *Excélsior* y en ese empeño conquistado la celebridad por sus entrevistas; entre ellas las realizadas a Golda Meir y Fidel Castro.

Poseedor de una vasta cultura, mereció por parte de su periódico, ser nombrado corresponsal en el extranjero y allí estuvo por varios años residiendo en Madrid, Roma y los países escandinavos. Tiempo que aprovechó para incrementar sus conocimientos sobre las artes.

Con este bagaje llegó a la ciudad de México y de inmediato se le nombró director de las Galerías de la Ciudad de México, recinto apenas inaugurado, sobre los altos de la Librería Zaplana.



Juan Soriano

Cuando Aguilar se marchó del país, la Escuela Mexicana de Pintura llenaba todos los espacios; era la época de los grandes muralistas; pero también del grabado y la obra de caballete, inspirados en la realidad de la patria. Para citar algunos nombres hablaré del inmensurable Francisco Goitia, María Izquierdo, Guillermo Meza... Guerrero Galván.

Ahora que él había vuelto, el panorama era distinto: una generación de nuevos artistas de la plástica aparecían exigiendo un cambio de estilo. Querían un arte (al igual que los escritores llamados Contemporáneos) alejado de lo exterior y anecdótico, que expresara los dilemas de la conciencia, en una palabra, subjetivo. Y dentro de esta modalidad se trazaron dos líneas esencialmente: una, la abstracta y la otra figurativa.

Aguilar de la Torre que era sumamente inteligente y perspicaz, se adaptó a las circunstancias y no obstante que seguía conservando vínculos de amistad indestructible con personajes de la escuela mexicana, asumió una política conciliatoria, acogiendo, bajo el mismo techo y con igualdad de oportunidades, a los que podríamos llamar adalides de la vanguardia.

De esta manera las Galerías de la Ciudad de México, adonde acudíamos con perseverancia, además de los dichos, escritores, intérpretes de la danza y el canto, escultores, vino a ser un centro fraternal de la cultura.

Mientras tanto, se gestaba un conflicto entre los gremios de trabajadores, maestros y estudiantes que sufrían el autoritarismo y la represión ejercidas por el régimen. El clima estaba caldeado y hubo de estallar con el Movimiento del sesenta y ocho.

Los resultados ya los sabemos: un baño de sangre y una apertura democrática, marcados por el dos de octubre.

Continuaron las persecuciones y atropellos; pero cuando creíamos que la tempestad había amainado, sufrimos otro descalabro.

Don Luis Echeverría, quien tuvo siempre la costumbre de tirar la piedra y esconder la mano, lo primero que hizo al tomar las riendas del poder, fue clausurar aquellos centros donde, según su criterio, pudieran intercambiar ideas artistas e intelectuales.

Con la clausura de las Galerías de la Ciudad de México, vino la diáspora y por consecuencia la frustración de muchos anhelos. Sólo aquellos artistas con una vida y obras más cuajadas continuaron su camino ascendente.

De estos quiero mencionar a Julia López, a Yolanda Quijano, Froilán Ojeda, Pilar Castañeda, Silvia González, Irene Becerril, Jorge Edgardo, y finalmente a Eliana Menassé de quien deseo ocuparme.

Con Eliana sucedió que existía entre ella y yo un hilo imperceptible de simpatía. Parecía que hubiera un acuerdo tácito para encontrarnos en lecturas y exposiciones. Me agradaba sobre todo su pintura por su mensaje misterioso mas nunca hubo oportunidad para que intimásemos.

Ahora, después de cuarenta años, he llegado a su casa que es mansión de la luz y acogedor refugio.

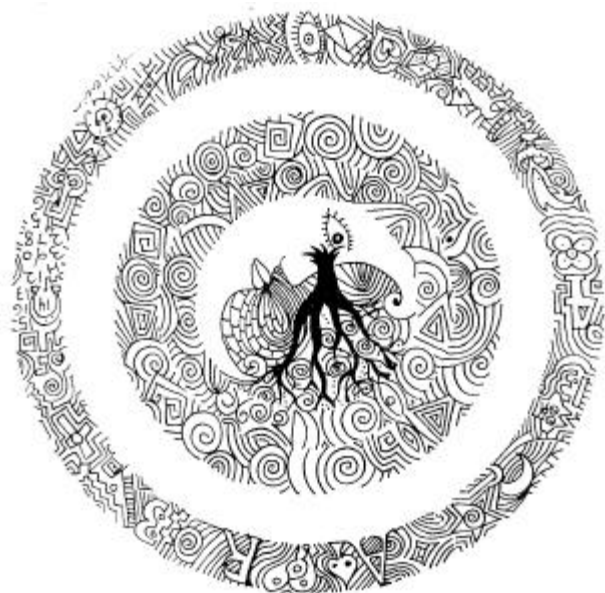
Aquí se respira el arte por todas partes. Los árboles del parque derraman su frescura hacia el interior. Opuestamente, sobre la pared principal, con una extensión aproximada de veinte metros, se exhiben numerosos cuadros, cuyo itinerario se prolonga a través de un pasillo que desemboca en el taller, iluminado por el fuego del día. Los cuatro ventanales, los cuadros que esperan sobre los caballetes, hacen pensar que estamos en el reino de la luz.

Y mientras disfruto del entorno, se desarrolla la plástica con añoranzas retrospectivas. Pregunto y Eliana responde: "No todos los cuadros son míos; los hay que son parte de la herencia familiar; otros se deben a intercambios artísticos: obras que responden a mi naturaleza sensible. Por ejemplo este grabado de Silvia González, esta tinta de Pilar Castañeda aquellos que han llamado la atención, grabados preciosos de Gerardo Cantú y éste de

Francisco Capdevila... pero quiero enseñarte mi tesoro, esta litografía comprada con mis ahorros y que es de Rufino Tamayo, mi maestro por excelencia...

Tal disposición para dar prioridad a sus afectos, revela un aspecto de su personalidad: nobleza y generosidad, cualidades que rubrican la conversación.

Hablamos de su amiga Silvia González, la extraña conducta de Pilar Castañeda que en el pináculo de la fama dejase dominar por la melancolía y acabó por sepultarse en Venezuela; de la trágica vida del maestro Capdevila, quien le enseñó los secretos del grabado, de Fanny Ravel, tan bella y candorosa; de nuestro mutuo amigo, Benito Messeguer quien pintó a Don Quijote como pintar su alma. Y hablamos también de su primera exposición en las Galerías TUSO y el decidido apoyo de la gran Margarita Nelken (de ella me muestra su retrato, hecho por su mano). De allí el deambular por otras galerías dentro y fuera del país y por fin su labor en SOMART y en el Salón de la Plástica Mexicana, de donde fuera parte del Consejo por muchos años, teniendo que enfrentar y resolver muchos momentos de crisis.



Horacio Salcedo

Eliana Menassé, figurativa y expresionista, está en plena madurez y ante la calidad de sus cuadros, uno se pregunta de dónde vienen los ingredientes que han conformado su estilo.

Todos los críticos se muestran acordes en señalar que una de sus virtudes consiste en el manejo impresionante de la luz. ¿Fueron acaso Joaquín Velasco y Clausell, los grandes paisajistas mexicanos de quienes aprendió la magia de la claridad? ¿O Rembrandt, con sus claroscuros? ¿La milagrería de los impresionistas? Todos, cuando el artista inteligente anda en una perpetua búsqueda.

Tal es Eliana, inconforme y perseverante en su afán de perfeccionamiento. Ella centra la luz en los personajes protagónicos (sean ellos humanos o motivos de la anécdota) para crear a través del color y sus matices, el clima dramático o cromáticamente exuberante.

Su pintura es envolvente, tal como si una música secreta latiese debajo del paisaje y sus figuras.

Cada cuadro es un poema. Un fluido magnético recorre su pintura cuya composición se desarrolla siguiendo cuatro líneas fundamentales: la gregaria o lúdica, donde se acomodan las reuniones de familia, los ensambles musicales, los carruseles, las ferias, la abigarrada multitud; lo lúdico, con escenas de balcón, casas bucólicas, parejas de amantes; lo arquitectónico que sirve de sostén a las ideas y por último, lo patético.

Digamos algo más: se ha querido enlazar la obra de Eliana Menassé con el expresionismo tradicional mexicano; yo quiero ampliar este concepto: dicho sustrato tradicional nada tiene que ver con la épica revolucionaria y sí con los esfuerzos individuales de creadores que apuntaban un cambio: Alfredo Ramos Martínez, Saturnino Herrán y esencialmente Francisco Goitia.

Los pintores de la corriente figurativa, no huyen, como los abstractos, de la anécdota; al contrario ésta se convierte en manantial de su inspiración; punto en el que convergen Benito Messeguer y Eliana Menassé. ■